

# La ocasión hace al lector

*Eduardo Martínez Saavedra*

*UNO.* EL LIBRERO DE PUENTE DE ALVARADO echa las peladuras de sus ojos al fondo de los vasos de sus lentes para enfrentar a los intrusos. Sus contertulios aprovechan la oportunidad para acabar de darle forma a un argumento con que avanzar en su eterna discusión sobre la masonería — “¿Masonería o francmasonería?, habría que precisar, porque son dos cosas distintas”, diría uno de ellos, salido de un nosocomio del siglo XIX—, una discusión que el neolector y su maestro de Literatura Mexicana e Hispanoamericana han venido a interrumpir.

El maestro pregunta por la antología de Rubén Darío preparada por ¿Ernesto Mejía Sánchez? y con un prólogo de ¿Pedro Henríquez Ureña? En efecto, dice tenerla el librero, dándole un vuelco de cubilete a su miopía. El maestro, un Vasco de Quiroga de los tiempos de nuestra gentilidad, lo paga con la tercera parte o con la mitad de lo que trae en la cartera, sin que su alumno pueda impedirlo, y se lo obsequia en recompensa por una afortunada intervención suya en clase.

*Dos.* Ahora me surto de libros con los aboneros: el señor Shuster, de Aguilar; mi condiscípulo Pancho, del Fondo





Fotografías: Alejandro Arteaga

de Cultura Económica; y otros más, como aquel que dejó en mi oficina los ocho volúmenes de la *Historia universal* de Jacques Pirenne, de la panameña Editora Volcán, y que jamás mandó por los pagos.

Para un libro especial, tenemos que ir a la Zaplana de El Caballito. Atención personal de don Andrés Zaplana Fernández, una asesoría docta pero concisa, una cátedra extra pero informal. Allí encuentro, además del texto exigido por la escuela, todo lo que leen mis compañeros nuevos cultos, que no nuevos ricos, como el otro Pancho, quien me señala en la vitrina de esta misma librería el último número de *S.Nob.* Ya para entonces he empezado a comprar la *Revista de la Universidad de México*.

Al lado de la librería Zaplana está el Kiko's. Allí vamos a tomar un café y a disfrutar las primicias de lo comprado. Y de lo robado: para nuestro susto, sentados ya a una de las mesas, Archibaldo abre su portafolios y nos presume todo un muestrario de novedades argentinas y españolas. De ahí en adelante haré mis compras solo o con buenas compañías.

Otro compañero se va a llevar bajo el brazo y a la vista de todos un libro de arte de la vecina Librería Francesa. A las puertas mismas del Kiko's va a ser alcanzado por uno de los empleados y entonces se iniciará una acalorada discusión sobre el robo/que es

una compra/que enseñeme su nota de remisión/que no tengo por qué enseñarle yo nada/que terminará en una lucha cuerpo a cuerpo en la banqueta, el compañero con la desventaja de no poder soltar el libro, hasta que los alaridos atraigan a un par de policías que impedirán que el compañero se lleve también un pulgar del empleado entre los dientes.

El anecdotario de los robos en las librerías tendría que continuar y terminar con la pregunta que un buen día Enrique le formulara a Luz María:

—¿Sabes dónde te puedes clavar la *Enciclopedia británica*?

—¿Dónde?

—En el fundillo.

*Tres.* Un paréntesis: el Kiko's de El Caballito debió de haber sido una especie de aparador de nuestro remedo de agencia central de inteligencia. Extraigo de allí un expediente, uno solo: José Luis está con un amigo del exilio cubano, escritor también, cuando de pronto éste es llamado a gritos por un paisano suyo alto y corpulento. El amigo se levanta de mal modo y va a su encuentro para que así el coñazo resulte más breve y además no tenga que padecerlo del todo José Luis. El hombre alto y corpulento abraza al amigo, le da unas palmadas que lo hacen toser, lo levanta medio metro del



piso, lo echa hacia arriba y vuelve a atraparlo repetidas veces, mientras le dice, a voces que silencian las de los demás parroquianos: “Ahora sí vamos a partirle su madre a ese hijo de puta, mi hermano”. Terminada la confidencia que se convirtió en arenga, el amigo vuelve a su mesa, donde José Luis le pregunta intrigado:

—¿Y éste quién es?

—Fidel Castro, el loco del Moncada.

Poco después, estando de peregrino en La Habana, José Luis busca a su amigo, que ahora es un funcionario cultural. Éste le contesta con un *tst tst tst* cuando a José Luis se le ocurre preguntarle: “¿Te acuerdas del Kiko’s?”

*Cuatro.* Seguimos por la Avenida Hidalgo, nos detenemos en el número 81: Libros Escogidos, S.A. Un amigo común me presenta con Polo Duarte. O me explica mal o yo lo entiendo así. Hago mi montón de libros, le pido a Polo que me los apunte y me voy con la idea de regresar a pagarle en la quincena. “Nadie ha hecho esto que tú acabas de hacer”, me reclama el amigo común. De ese día al de la quincena, todo un bochorno. En adelante, apenas reciba yo mi sobre, abordaré un pesero en Reforma, a la altura del Seguro Social, y en

él arribaré a Avenida Hidalgo 81, a retratarme en la taquilla. Como no soy capaz de darle una explicación, ni Polo de pedírmela, ése será nuestro tácito acuerdo. Llegaré a tener una caja de cartón, con mi nombre, en la que Polo pondrá los libros que vaya encontrando para mí, según el tema de interés del momento.

*Cinco.* En la Librería Navarro, de Seminario 12:

—¿Tendrá usted de casualidad el informe de labores de la presidencia municipal de Tuxtla Gutiérrez del año 1947?

—Es probable —contesta el dueño al tiempo que le hace una seña a su empleado para que vaya a buscar en la trastienda.

El desapercibido cliente entretiene su espera mirando los aparadores de la entrada, uno de los cuales exhibe los volúmenes de la Biblioteca “Navarro” de Historia y Cultura Mexicana, cuyo doble lema reza de este modo: “Conozca su patria, pida obras del México eterno. Sea más culto leyendo nuestros libros”. El otro aparador atesora las efigies caricaturizadas de Lombardo Toledano, Hernán Laborde y otros camaradas menos reconocibles. Fueron talladas, cada una por





separado, en la mitad de una cáscara de coco ya seco y luego debidamente tratadas y coloreadas. Parecen máscaras africanas.

El empleado reaparece con el informe requerido por el cliente, quien no puede ocultar su contento:

—Muy bien, muy bien. Oiga, muchas gracias. De veras no sabe cuánto se lo agradezco...

—Son cincuenta pesos.

—¿Y por qué tanto, señor? Si esto hasta lo regalaban.

—Pues ande usted a ver si se lo regalan —replica el dueño guardando el informe, un folleto pobremente impreso, en el mostrador; y cuando el muy contrariado cliente abandona la librería, añade para sí: —Al rato regresa; ya lleva inoculado el veneno... el veneno de la posesión de algo que es raro, de algo que tal vez sea

único... En esto y no en otra cosa es en lo que consiste nuestro negocio...

*Seis.* En Libros Escogidos, S.A. se podía ver a Rulfo escogiendo los suyos, con buen ojo, pues era fama que sus cosechas resultaban invariablemente muy ricas. Veía a un cuentista que se mató y que había dejado una carta de despedida tremebunda: “Me suicido porque es domingo, porque ayer asistí a mi velorio, porque hoy estoy ocioso y de excelente humor...” Veía también a un reconocido bibliómano, un camarada que allí y en otras muchas partes se hacía de libros para él y para una selectísima clientela que, si no se los merecían, sí podían retribuirle muy bien sus hallazgos. Este camarada habría de matar a un compañero suyo, después de haberle quitado a la compañera. El relato que escuché, de voz de un amigo común, es como sigue: los nuevos amantes estaban a la espera de que el ofendido se les presentara de un momento a otro. Y, en efecto, se les presentó en el departamento en el que estaban estrenando sus amores, pero no supieron si a reclamar o a pedir una civilizada (así se decía entonces) explicación, porque el camarada, que hacía tiempo que era dueño de una pistola, no lo dejó ni entrar. Le dio un empujón y cerró la puerta. Como oyera ruidos, creyó que el ofendido hacía intentos por abrir. Para disuadirlo, disparó hacia abajo a través de la puerta. Lo que él no sabía era que, con el empujón, el ofendido había caído al piso. La bala entró en su cuerpo. Los amantes se dieron a una fuga sin fin. Una década después, en París, ex militantes del 68 que se habían ido a estudiar allá conocieron a un camarada mexicano, bibliómano, pero ahora también editor, que organizaba discusiones sobre la revolución

en el Tercer Mundo y cuya personalidad les inspiró el sobrenombre de *El Satanás*.

*Siete.* Varios entrepaños de mis librereros están ocupados por “piezas”, como dice el no menos bibliómano Orso Arreola, provenientes de Libros Escogidos, S.A. Algunos de estos libros provinieron, a su vez, de Madrid, concretamente de la Editorial Góngora. Tienen aún los separadores con la promoción de próximos títulos o con el detalle de su venta por suscripción. Son libros de derecho, sociología y política. Los editaba y distribuía el suegro de don Roberto Castrovido, mi vecino de la Plaza Río de Janeiro, dueño de la librería de nombre Góngora también que estaba en la calle de Orizaba, frente a la iglesia de la Sagrada Familia, y con quien integré una tertulia de dos durante varios años, amena, gentil y siempre muy provechosa para mí. Una vez, don Roberto me dijo que le gustaría volver a ver un libro que su padre —Roberto, como él; polemista, director de *El país* y diputado de la Segunda República Española— le había regalado, los *Episodios nacionales. Guerra de la Independencia, extractada para uso de los niños* (la edición, de Sucesores de Hernando, sin página legal ni colofón, trae esta conmovedora leyenda: “Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor”, un sello de goma con las letras del nombre de Benito Pérez Galdós entrelazadas, del que se decía que todo librero de España tenía uno en la trastienda). Se lo dejé en un sobre cerrado, a la hora en que él solía estar comiendo, con la idea de que se lo quedara. “¡Qué alegría me ha dado usted!”, me dijo cuando nos volvimos a ver, pero no me lo aceptó, no logré que lo tuviera siquiera unos días a la vista sobre



su escritorio. Poco después, le llevé a su viuda y a su hermana *El exilio español en México, 1939-1982*, del que se dijo que, para editarlo, el gobierno había creado una oficina ex profeso. A Rafa le pareció de lo más normal este exabrupto presupuestario: “Uno de estos días van a necesitar un rascacielos para escribir un aforismo”. La idea no ha dejado de atraerme.

*Ocho.* El librero de Puente de Alvarado revuelve nuevamente las peladuras de sus ojos en el fondo de los vasos de sus lentes para despedir con su acostumbrada prisa a los inoportunos clientes y reintegrarse de inmediato al grupo de tertulianos que se arrebatan la palabra entre ese fino polvo y bajo esa luz somera que le dan al ambiente de su establecimiento una cierta calidad de mica, de ala de mosca. ■■